

Acoso escolar

Para muchos niños el colegio representa un verdadero martirio. No porque tengan malas notas o soporten maestros severos, sino a causa de la violencia sufrida de sus compañeros

Mechthild Schäfer

No había noche en que no la tomaran con Basini. Le sacaban de la cama y le llevaban, escalera arriba, hasta el desván, donde ningún profesor pudiera oír sus gemidos. Le obligaban a desnudarse y, acto seguido, le azotaban la espalda. Desnudo e indefenso, el muchacho se encogía en cuclillas sobre las tablas del suelo. Sus mortificadores le apremiaban: "Di que eres un animal". Tampoco los otros escolares defendían a Basini. Durante el día, le rodeaban en el patio del colegio y le hacían la rueda, hasta que "ensangrentado, cubierto de polvo y con los ojos vidriosos, de animal herido, caía al suelo".

El cuadro que sobre la pubertad dibuja Robert Musil en *Las tribulaciones del estudiante Törless* lleva fecha de 1906. Lo que acontecía tras los muros de una real institución imperial dedicada a la formación de cadetes podría parecerle al lector actual una estampa de un tiem-

po venturosamente ido. Sin embargo, la aplicación de la fuerza bruta de muchos contra uno, encubierta por los compañeros y pasada por alto, consciente o inconscientemente, por los profesores, sigue siendo habitual en las escuelas un siglo después. Para lo que Musil no halló un nombre, los psicólogos han dado con "acoso" (*mobbing*) o "intimidación" (*bullying*). Aquí emplearemos indistintamente un término u otro.

Primavera del año 2004. En la sala de materiales de una escuela de formación profesional de Hildesheim, varios alumnos maltratan a un compañero. Entre golpes y vejaciones le obligan a comerse la tiza y colillas. Ufanos de su hazaña, se fotografían con la víctima. Las fotos siguen circulando, semanas después, por el patio de la escuela. Al hacerse público el ultraje,

el fiscal confisca las fotografías y encausa no sólo a los autores, sino también al resto de la clase, por cómplices.

Abuso sistemático

En los años ochenta del siglo pasado, psicólogos y etólogos empezaron a ocuparse del fenómeno del acoso entre escolares. Dan Olwens, del centro de investigación para promocionar la salud adscrito a la Universidad de Bergen, definía así ese tipo de conducta: "Un escolar se convierte en víctima, cuando sufre reiterada y largamente acciones negativas por parte de uno o varios de sus compañeros". En su estudio pionero con escolares suecos y noruegos, Olwens llegaba a la conclusión de que, desde niños, abusan de su poder social (y lo hacen sistemáticamente) para valorarse frente a los más débiles.

1. ESCOLARES CULPABLES. En junio de 2004, la audiencia provincial de Hildesheim calificó los acosos de tres alumnos de formación profesional de "coacciones y lesiones corporales graves". Les condenaron a 18 meses de prisión, sin libertad condicional.



DPA



Entre los escolares, no escasean los acosadores. ¿Por qué ese fenómeno? Fundamentalmente, el acoso prospera en entornos muy jerarquizados, en los que dominio y fuerza son considerados la medida del valor social de cada uno. Por eso cárceles y cuarteles son ambientes típicos de acoso y violencia.

Lo mismo que en el ejército y en los centros penitenciarios, también en la escuela conviven caracteres muy diferentes que han de intentar, día a día, formar una suerte de comunidad. Difiere que riñas y peleas están aquí preprogramadas; de hecho, uno de cada siete escolares de Alemania sufre acosos por parte de sus compañeros.

Pocos días después de que se diera a conocer la agresión brutal de Hildesheim, en otra localidad germana (Erding) se derrumbaba inconsciente un chico por los golpes de sus condiscípulos. Sólo con la entrada en acción del servicio de ambulancias, empezó a interesarse la dirección del centro por el drama, que venía desarrollándose desde hacía semanas delante de sus ojos. Sorprendió que le ocurriera a un chico de 14 años. En los interrogatorios posteriores, los compañeros describieron a la víctima como un sujeto tímido y pacato, sin amigos.

En la mayoría de las ocasiones, las víctimas se encuentran solas frente a muchos. El resto de los compañeros suele alinearse con los acosadores, por miedo a ser los próximos; o se calla y se mira hacia otra parte. Una situación difícil para la clase. Los chicos viven en un ambiente de violencia y han de reprimir sus simpatías y su compasión por los marginados. Sólo unos pocos tienen el coraje de apoyar al

compañero menospreciado. El acoso se convierte así en un problema que no se limita a la interacción entre un violento y una víctima, sino que, en última instancia, afecta a toda la clase.

Según se desprende de las investigaciones acometidas por nuestro Instituto de Psicología Pedagógica de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich, los alumnos abordan el problema del acoso de manera diferente según la edad.

En 1992 interrogamos a 288 alumnos de segundo y tercero de primaria de varias escuelas bávaras sobre sus experiencias con el acoso. ¿Quién era presa fácil de los intimidadores y cómo se comportaba el resto de la clase? Seis años más tarde, repetimos las entrevistas (aquellos escolares eran ahora alumnos de formación profesional o de bachillerato): ¿cómo se manejaban, ya adolescentes, con el acoso? ¿Seguían las víctimas de antaño siendo blanco de ataques?

Donde las dan, las toman

A través de cuestionarios averiguamos en ambas ocasiones, y entre otras cosas, qué alumnos de una clase hacían correr rumores, se reían de los demás o se mostraban agresivos. Preguntamos también qué compañeros intercedían a favor de los demás o estaban dispuestos a discutir los problemas.

Para explicar lo más plásticamente posible a los niños de siete y ocho años qué es el acoso, nos servíamos de fotografías y dibujos. Aparecían allí otros niños que animaban al malhechor o, al contrario, consolaban a un compañero que lloraba. Los probandos marcaban con una

2. ESQUEMA RIGIDO DE ROLES.

Las víctimas escolares de acoso soportan sin defenderse las humillaciones de los "intimidadores". Para no atraer sobre sí las agresiones, el resto de los compañeros mira hacia otra parte.

cruz cuando "reconocían" en la escena a compañeros de clase. Debían describir, además, su propio papel en el grupo de la clase e indicar, por ejemplo, quién les caía especialmente bien y quién no.

Y llegamos así a nuestra primera conclusión de interés: desde el propio ciclo de primaria había acosadores que no dejaban de humillar y molestar a su víctima. Las agresiones de varios contra uno, en particular, están a la orden del día. Pero nuestros estudios ofrecían, a la par, un cese de la alarma: sólo uno de cada cinco escolares es chivo expiatorio durante un período superior a tres meses.

Si se observa la actividad de los pequeños en el patio de recreo, llama la atención que, en ese ciclo inicial, se juntan con más flexibilidad en grupitos no fijos. Los preferidos son grupos de dos o tres; en la mayoría de los casos, les basta una amiga o un amigo para jugar. Entre ellos es raro la formación de pandillas. Este hecho ofrece a los niños menos apreciados la oportunidad de evitar con naturalidad a los camaradas violentos. A su vez, pueden también dejar plantado sin más a un compañero de juego, si se sienten maltratados o encuentran a otro más interesante.

Por eso, no es fácil en primaria distinguir entre intimidadores y víctimas. Es raro que guasas y agresiones afecten durante un tiempo relativamente largo al mismo niño; en este período no es tan sencillo convertirse en víctima. Pues, a esa edad, los pequeños desarrollan una conciencia muy fina de lo que es justo o injusto. Para ellos, los empujones constituyen un medio del todo eficaz de hacerse respetar e imponerse.

Culpables con ansias de poder

De ahí que los intimidadores deban cambiar de víctima a cada poco. Pero no suelen abandonar su conducta. Nuestros cuestionarios reflejaron sin ambages que el violento persiste en ese comportamiento agresivo durante meses.

La mayoría de los acosadores suelen ser niños muy dominantes, que han aprendido pronto que una conducta agresiva y desenvuelta les puede llevar a la jefatura del grupo. Su receta es humillar física o psíquicamente a los compañeros más débiles para mejorar su propio rango social en el conjunto de la clase.

Los intimidadores suelen obtener un éxito aplastante con esta táctica. En casi un diez por ciento de las clases de primaria investigadas, algunos escolares lograron establecer una jerarquía fuerte y dominar a todo el grupo. El resto de los niños aguantaban la diferencia de poder originada, pero no había ninguna pandilla o grupo que molestara a los acosadores y pudiera dar la vuelta a la tortilla.

En estas clases encontramos escolares de ocho años que, según decían ellos mismos y sus compañeros, hacía tiempo que sufrían acoso. Aunque soportaban burlas y marginación, no se defendían ni acudían a un adulto: se hallan así expuestos a desarrollar conductas que representan una invitación a los acosadores. En efecto, habíamos comprobado en trabajos anteriores que los escolares vejados a una edad temprana y durante cierto tiempo por sus compañeros de clase no saben defenderse en casos de hostigamiento y suelen reaccionar pusilánimes y amedrentados a los ataques. Estas experiencias negativas encierran el riesgo de volver a caer en los tentáculos de los acosadores.

Al pasar de primaria a educación media, los niños empiezan a integrarse en redes sociales algo más amplias. Perciben su propio rol y planifican sus acciones con cierta previsión. Si en primaria les suele resultar difícil mantener una conversación dentro del grupo, conforme van creciendo se multiplican las interacciones en corros algo más numerosos; llegados a la adolescencia, se agrupan en pandillas, buscan contactos y cultivan jerarquías y preferencias marginales.

Volvimos a preguntar a los mismos escolares (ahora de trece-catorce años) por los compañeros simpáticos y antipáticos de la clase y elaboramos un perfil de popularidad, donde se reflejaba el grado de reputación que gozaban en las nuevas clases cada uno de ellos. La comparación con las informaciones sobre víctimas y autores de acosos reveló que los acosadores eran ahora —a diferencia de lo que sucedía en el ciclo inicial— muy apreciados por sus compañeros. En cambio, las víctimas raras veces suscitaban simpatía.

O participar o no querer saber nada

¿Por qué algunos escolares son seleccionados por los culpables, son maltratados y, por último, excluidos del resto de los compañeros? ¿Caen mal esos muchachos porque son acosados o son acosados porque caen mal? Unas veces, la víctima es alguien que acaba de incorporarse a una clase; otras, el afectado tenía ya antes una mala posición en el grupo, porque sus cualidades o intereses no coincidían con los de la clase.

Mientras los alumnos de primaria podían zafarse de los ataques de los intimidadores, ahora la escuela se convierte, para las víctimas, en una carrera de obstáculos. Los compañeros los tratan como si no existieran, los rechazan con un desprecio manifiesto y murmuran a sus espaldas. Los acosadores llevan este juego de burla y ultrajes hasta el extremo. Muchos acaban por aferrarse al papel de víctima; pierden el control de su propia situación y se tornan juguete de los culpables. Cuanto más dura el terror del acoso, con mayor intensidad se desmorona la lealtad de los demás, en un círculo diabólicamente vicioso.

Desde principios del decenio de los noventa del siglo pasado la psicología infantil y juvenil conoce qué función desempeñan los escolares que no participan en el acoso. En esas fechas, el equipo dirigido por Debra Pepler combinó encuestas a adolescentes sobre el acoso con observaciones audiovisuales: los investigadores se pegaron con cámara y micrófono a los talones de los escolares.

Descubrieron que en torno al 60 por ciento de los escolares, que se suponían neutrales, miraban bien a los intimidadores, en tanto que sólo una tercera parte trataba con simpatía a las víctimas. De todos modos, el treinta por ciento disfrutaba con las acciones de los acosadores. Y casi la mitad de los “no implicados” se acercaba al violento para animarlo, incluso con vehemencia. Otros estudios revelaron que buena parte de los escolares alternan sus momentos de simpatía con los de complicidad. Se ignora, sin embargo, en qué medida niños y adolescentes son conscientes de este proceso de manipulación social y reflexionan sobre la situación de la víctima.

Pese a todo, hay un fenómeno innegable: el acoso sufrido en la escuela persigue a sus víctimas, pasados incluso muchos años. En 2002 realizamos entrevistas a 884 hombres y mujeres de Alemania, Reino Unido y España. Más del 25 por ciento recordaban haber sufrido ataques físicos y psíquicos en las aulas. El amargo sentimiento de ser permanentemente marginado e incluso sentirse amenazado con agresiones llega hasta su vida de adulto: las ex-víctimas de acoso tenían frecuentes problemas para desarrollar relaciones confiadas o comportarse seguros de sí mismos. Sus expectativas respecto de sí mismos y de las otras personas eran notablemente inferiores a la media. Pero al menos parecía que sólo en raras ocasiones se repetían en el lugar de trabajo las experiencias de antaño.

El cometido del profesor

Estas consecuencias a largo plazo ponen de manifiesto los efectos del acoso en los afectados. De ahí la importancia de la

prevención precoz. Compete a padres y pedagogos intervenir, en el momento adecuado, en la vida social de los muchachos. Aunque justamente radica ahí el problema. En Noruega, los alumnos declararon ante el defensor del pueblo que los adultos no se enteraban en absoluto de la angustia en la clase. Nuestra propia investigación ratifica que, ante el problema del acoso, los profesores suelen sentirse superados, porque les resulta difícil descubrir las relaciones dentro de la clase.

Sí pueden, no obstante, establecer pautas con su sola actuación. En razón de su situación de poder, su desenvolvimiento influye en los escolares. Deben, por poner un ejemplo, evitar comentarios despectivos, no repartir los trabajos escolares siguiendo el orden descendente de las notas o emitir juicios públicos sobre los alumnos flojos. Si los pedagogos dejan claro que están allí para ayudar a todos y los tratan sin acepción de personas, tal actitud servirá de espejo para niños y adolescentes, que, a su imagen, no excluirán a nadie del grupo.

El tema del acoso ha de entrar en el plan educativo, quizás en combinación con ejercicios antiviolencia y jornadas de reflexión.

Puede también fomentarse el trato social entre los escolares con la elección de mediadores, es decir, escolares que ayuden a allanar las disputas dentro de la clase. Iniciativas como éstas alientan el compañerismo de los muchachos. En un entorno de estas características, a los intimidadores les resultaría al menos algo más difícil torpedear al grupo y agredir a los más débiles.

En la obra de Robert Musil, la víctima no recibió ninguna ayuda. El escritor deja que los tres culpables salgan impunes. Sus compañeros les cubren y los maestros, desprevénidos, se pierden en una espesa red de mentiras y difamaciones. Al final, el expulsado de la escuela es la propia víctima, el joven Basini, que había sido maltratado durante semanas en el desván.

MECHTHILD SCHÄFER es profesora del departamento de psicología de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich.

Bibliografía complementaria

AGGRESSIONEN UND GEWALT UNTER KINDERN UND JUGENDLICHEN. M. Schäfer, D. Frey. Hogrefe; Göttingen, 1998.

GEWALT IN DER SCHULE. WAS LEHRER UND ELTERN WISSEN SOLLTEN — UND TUN KÖNNEN. (3ª edición). D. Olweus. Hans Huber; Berna, 2002.

QUÄLGEISTER UND IHRE OPFER. MOBBING UNTER KINDERN UND WIE MAN DAMIT UMGEHT. F. Al-saker. Hans Huber; Berna, 2003.